

EIELSON: EL PAISAJE RECOBRADO

Por: Luis Eduardo Wuffarden

Jorge Eduardo Eielson ha construido en las artes visuales una alternativa a la poesía. Cuando en ésta sus propósitos expresivos extenuaban la palabra, hallaba en la plástica niveles de significación inexplorados. Desde 1958, Eielson replantea su producción artística: el cuadro de caballete, tal como se concibe hasta hoy —la "ventana renacentista"—, le resulta insuficiente, en gran medida inoperante. Necesita vocabularios distintos, capaces de comunicar una identidad espiritual que no se concreta del todo a través de sistemas culturales de tradición europea; cuestiona, por tanto, las técnicas impuestas a una realidad que escapa constantemente por sus resquicios.

Producto de un exilio personal en el núcleo mismo de la cultura discutida, su creación desemboca en la necesidad de restituir el suelo costeño. Los paisajes que recupera son recuerdos profundamente interiorizados: la criba del distanciamiento subjetivo despoja las vivencias de todo lo que no sea esencial e irreductible. Deviene obvia una manipulación de los materiales que lo llevará más tarde a la trenzada combinación de tejidos coloreados —los "quipus"— en relación directa con la naturaleza y las referencias culturales que pretende continuar.

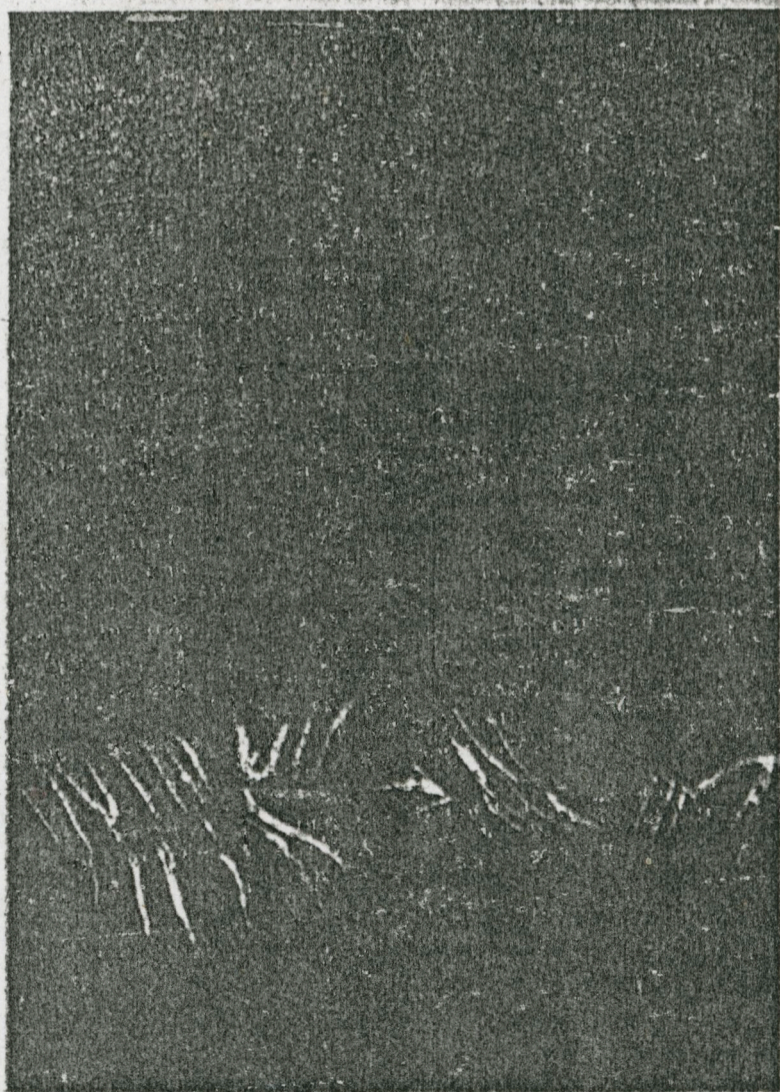
Pero el paisaje costeño constituye una vertiente inagotada. Desdeñado, secularmente marginado de la pintura peruana, carecía —salvo la versión expresionista de Sérvulo— de una imagen plástica medianamente convincente. Circunstancia que sigue suscitando en Eielson cierta urgencia irreprimible de verdad que él conduce a sus extremos. Una de esas últimas consecuencias se manifiesta en el afán persistente por remarcar la materialidad del suelo, que sus cuadros de algún

modo "vuelven a crear". Para ello evade la traducción inmediata de lo telúrico al pigmento. Este evocaría muy artificialmente lo que tiene de palpable materia inscriptoria aquella sustancia porosa y absorbente: la arena sólo se identifica con ella misma. Y es arena de las costas peruanas la que cubre sus cuadros, extraída de su origen concreto, del deslumbramiento primero que motivó —precedió— la visión interior.

Posteriores a la presencia protuberante (arena, yeso), los colores se configuran como elementos sustanciales pero añadidos. Repiten el cielo, sus procesos lumínicos, los reflejos y modulaciones que la luz solar imprime sobre el arenal, descubriendo osamentas y otras formas de detritus.

La preocupación verista parece dirigirse más allá de lo señalado: intenta devolver los contenidos de sacralidad al espacio donde yacen civilizaciones enteras. Aunque sus cuadros sean entidades autónomas, su comprensión más cabal presupone, quizás, una experiencia perceptiva común. En nosotros, conocedores y habitantes de ese paisaje, ocurrirá una especie de re-descubrimiento. Algo análogo sucede al espectador cuando re-conoce —acaso juzga— un retrato por medio de su conocimiento del retratado.

Existe un hallazgo fundamental en el arte "concreto" —por así llamarlo— de Eielson, y es la conciencia de infinitud a la que accede. La aparente monotonía del desierto encierra sinuosas, inabarcables variaciones, que el pintor asume en porciones conscientemente fragmentarias. No es el universo terminado, el horizonte concluso que la tradición occidental consagra. Eielson se limita a mostrarnos las secuencias de un "paisaje infinito" que nunca terminará de captar.



"Poema" de Jorge E. Eielson. (en la galería "Caminó Brent".)